DICIEMBRE

En este mes se produce el gran milagro. Le definió en el siglo catorce el cantor Esteban de Zafra:

Bajo de la peña nace
la rosa que no quema el aire.

Unas horas antes, de camino, el frío dominaba al silencio. De pronto, los mismos gallos que cantaban apriesa, quebrando albores, anunciando al Cid la mañana inmediata, han empezado a señalar la cercanía del poblado a la doncella singular. Francisco de Ocaña, contemporáneo de Zafra, anima a la Señora que va en busca de albergue, porque ya se escucha el cántico matinal en los corrales. Habla el cansado José, inventando buenas esperanzas:

Señora, en Belén
ya presto seremos;
que allí habrá bien
do nos alberguemos;
parientes tenemos
con quien descansar:
que los gallos cantan,
cerca está el lugar.

El viejo poeta castellano, como su antecesor, el juglar de Medinaceli, se guía por ese cantar animoso y cuajado de certeza. Los pastores cantan también en unas chozas cubiertas de escarcha. Cantan a su modo, natural y teológicamente:

Ríu, ríu, chíu,
la guarda ribera,
Dios guarde el lobo
de nuestra cordera.

Hay que animarse contra el frío. Pronto, dentro de unas horas, todo habrá cambiado. Ya todo será contento, y al canto de los pastores, los ángeles dirán otro riu, riu, chiu, más alto y más claro. El Niño habrá abierto los ojos y el amor habrá llegado al mundo, y ya el corazón helado se hará caliente: dígalo el bueno de Juan López de Ubeda:

Los ojos del Niño son
graciosos, lindos y bellos,
y tienen un no sé qué en ellos
que me roba el corazón.

Pero el prodigio subsiste. Hay un misterio grande y profundo en el aire. Los ojos y los oídos están extrañados y maravillados. Don Luis de Góngora, nada pastor él, sino bien aficionado al rincón de brasero y las magras sabrosas, está extrañado y lleno de gozoso desconcierto:

¿Quién oyó?
¿Quién oyó?
¿Quién ha visto lo que yo?

Por el milagro, siendo uno solo, deja ver matices distintos a quienes lo contemplan. La rosa no dañada por el aire que veía Esteban de Zafra, se transforma en otra flor para Góngora:

Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!

Don Luis no se contenta con decirlo él, sino que hace hablar a Gil y Carillo, y estos oyen pasar a unos gitanos que cantan en coro, ya con la zeta que algunos creen tan moderna:

«Tamaráz, que zon miel y oro,
tamaráz, que zon oro y miel;
a voz el cachopinito,
cara de roza,
la palma oz guarda hermoza
del Egito.
Tamaráz, que zon miel y oro,
tamaráz, que zon oro y miel.»

Hasta que Lope de Vega, quizás un poco retrasado en despertar, sin haber visto todavía las flores —¡las pícaras cosas que pasan!— implora, hace implorar al invierno, al crudo diciembre, una transformación de las cosas naturales. El milagro un poco tardío. Tal como a él le iba a suceder:

Mañanicas floridas
del frío invierno,
recordad a mi Niño
que duerme al yelo.
Mañanicas dichosas
del frío diciembre,
aunque el cielo os siembre
de flores y rosas,
pues sois rigurosas
y Dios es tierno,
recordad a mi Niño
que duerme al yelo.

Y así, al terminar el año, el aire del mes se hace dulce entre el frío, suave en la esperanza, tierno en lo violento, definitivamente milagroso y admirable.—José María Souvirón.